

MANUEL AZAÑA: *Obras completas*, Edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Taurus, Madrid, 2008, 7 vols.

La figura de Manuel Azaña —su obra literaria, su dimensión pública, su pensamiento renovador, su importancia histórica— ha experimentado en estos últimos años un creciente interés. Tras la larga noche del franquismo y el período de la Transición política, no será hasta principios de los noventa, coincidiendo con la conmemoración del cincuentenario de su muerte, que su impronta recobrará la fuerza que ha alcanzado hasta nuestros días. Recordamos que la noche del 3 al 4 de noviembre moría, en la localidad francesa de Montauban, quien había encarnado la pureza —y la decisión— de los ideales republicanos. El 7 de febrero del año anterior había cruzado la frontera dejando atrás la sinrazón fratricida que acabaría desgarrando su conciencia intelectual y humana. Veinte días después dimitiría como Presidente de la II República española. En estos últimos tiempos su obra se ha valorado en dos sentidos: por un lado, hallamos al político que representa los destinos del liberalismo histórico y, por otra parte, al escritor que describe, narra o enjuicia su universo ideológico desde una implacable óptica literaria y ensayística. Hoy Azaña es ya reconocido como el hombre de letras encarado a una orteguiana *circunstancia* civil que marcará profundamente su *vocación* cultural. Estética e ideología se interrelacionan en sus escritos a través de un proceso ético heredero del racionalismo del

siglo XVIII y del positivismo igualitarista del XIX, que acabará desembocando en la tardía y siempre incompleta revolución burguesa española de los años treinta. Perteneciente a la generación intelectual de 1914 (había nacido en Alcalá de Henares en 1880), junto a Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Américo Castro, Pérez de Ayala, Luis Araquistáin o Salvador de Madariaga entre otros, se vería abocado a la triste contemplación de una Europa en guerra, así como a un intenso replanteamiento de la *filosofía* nacional —árida y pretenciosa— que envolvía al desastre del 98. Encrucijadas históricas estas que marcarán la formación de aquel «intelectual, liberal, burgués» —en palabras propias— cuya literatura es un ejemplo de vivo testimonialismo y asumida voluntad de estilo; y su pensamiento un modelo de compromiso civil y decisión reformista.

En el contexto de esta consolidación de la figura de Azaña, se publica una nueva edición de sus *Obras completas*, bajo la modélica supervisión de Santos Juliá —catedrático de Historia del Pensamiento en la Universidad Nacional de Educación a Distancia—, excelente biógrafo y analista del legado del político alcaláino. Según el mismo editor señala, la iniciativa parte de José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón, presidente y vicepresidente del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, institución que, junto al Ministerio de la Presidencia del Gobierno de España, posibilitará la realización de este singular proyecto. Hasta ahora contábamos con la edición del profesor Juan Marichal, publicada en México por la editorial Oasis en 1966-68, basada, en su parte inédita, en los materiales que la viuda de Azaña puso a disposición de esta iniciativa. Reconociendo el rigor de esta edición y la utilidad que suponía esta primera recuperación del universo azañista, lo cierto es que esta nueva singladura compendiativa de los escritos de Azaña casi duplica el número de páginas de lo conocido hasta este momento. Y es que nuevas circunstancias han venido a engrosar el fecundo material publicable: en 1984 se encuentran en unas dependencias de la Dirección General de Seguridad los papeles —textos y documentos varios— de Azaña de los que se había incautado la Gestapo en Francia en 1940 y que se habían entregado a la policía española; y varios años después, en 1996, la familia del general Franco entrega tres cuadernos de los diarios de Azaña que habían sido robados por el vicecónsul español en Ginebra, y que el propio profesor Juliá publicará un año después. Estos y otros materiales inéditos o poco difundidos o insuficientemente estudiados vienen a motivar el ambicioso proyecto de disponer, con rigor y eficacia, de la integridad —hasta donde ello es siempre relativamente posible— de una obra que aún hoy, quizá más que nunca, nos ilustra, emociona e ilumina. Dos elementos vienen a enriquecer poderosamente todo este conjunto. En primer lugar los textos introductorios de Santos Juliá a cada volumen y que, en conjunto, ofrecen una densa y penetrante panorámica del devenir biográfico, político, ideológico e intelectual de Azaña; estamos ante un acompañamiento ideal, e imprescindible, a los textos autoriales, que se leen así bajo el análisis previo de quien los ha sabido situar en su contexto y reseñar en sus cualidades. Y, además, se incluye en esta edición un

CD que reproduce las palabras, de viva voz, del entonces Presidente de la República, desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona, pronunciadas el 18 de julio de 1938; se trata del célebre discurso de la «paz, piedad y perdón», que ha pasado a la historia como muestra de la lucidez y tolerancia de su autor. Este documento resulta muy relevante porque nos muestra los matices de una voz en pleno dominio de los mejores recursos de la oratoria clásica: contundencia, dosificación de las pausas, impecable desarrollo estructural de causas y consecuencias, concentración de la emoción en la parte final; en fin, un testimonio único e insustituible.

En breve descripción del contenido de estos siete volúmenes, destacamos en el primero (materiales de 1897 a 1920) los escritos de un joven con apenas diecisiete años publicados en *Brisas del Henares*, una revista de ámbito local; la que fuera su memoria doctoral en sus estudios de Jurisprudencia, *La responsabilidad de las multitudes*; los artículos de principios de siglo en la publicación *Gente vieja*; las crónicas que envía desde París para *La correspondencia de España*, donde muestra ya su admiración por la cultura y la sociedad francesas; los sobrecogedores textos desde el frente de guerra durante el conflicto mundial de 1914-1918 o unos sustanciosos diarios que auguran ya la vocación memorialista de quien haría de lo autobiográfico uno de los principales ejes de su literatura. En el segundo tomo (1920-1931) sobresalen los artículos de *La Pluma y España*, significativo muestrario de la faceta periodística —en su vertiente de opinión y cultural— de Azaña; los estudios sobre Juan Valera, evidencia de un curioso reconocimiento identificativo con la figura intelectual y social de este novelista decimonónico; la novela de reminiscencias autobiográficas *El jardín de los frailes* o el drama en tres actos *La corona*, además de nuevas entregas de diarios y correspondencia. Los volúmenes tercero y cuarto (1931-1933), de notorio contenido político, incluyen los textos parlamentarios de las grandes reformas republicanas, en lo que supone el seguimiento minucioso de una labor legislativa de sutil ingeniería política. Del quinto tomo (1933-1936) destaca *Mi rebelión en Barcelona*, libro de irónico título en el que Azaña vindica su inocencia ante las acusaciones de participación en los sucesos de octubre de 1934 en Cataluña; y los valiosos *Discursos en campo abierto*, vibrante muestra de sus mejores condiciones oratorias. El volumen sexto (1936-1940) acoge obras tan decisivas como el extenso diálogo dramatizado *La velada en Benicarló*, inexcusable para un lúcida comprensión de las causas y desarrollo de la guerra civil española; así como sus más decisivos discursos redactados durante la contienda. Y, finalmente, el tomo séptimo incluye escritos póstumos e inéditos, como la novela de 1904 *La vocación de Jerónimo Garcés*, sobre las expectativas de un joven de la burguesía ilustrada de principios de siglo, o la ya conocida también novela *Fresdeval*, muestra narrativa, conceptual y teorizante, sobre la tendencia secular del enfrentamiento entre compatriotas, entre otras notas misceláneas, papeles dispersos y cartas variadas que constituyen un curioso colofón a este impresionante conjunto bibliográfico dispuesto en riguroso orden cronológico.

Es precisamente ante este denso legado ideológico e intelectual que cabe preguntarse por los motivos de la vigencia de Azaña. Cuando el 14 de abril de 1931 se produce el advenimiento de la República, se consigue el triunfo de las aspiraciones populares pero también, y sobre todo, se consolida el poder de la burguesía liberal ilustrada, que ha madurado sus teorías durante décadas, a la sombra de los más diversos reformismos: pero sucede que el liberalismo histórico, inspirado en los ideales del igualitarismo ilustrado, se verá sacudido por la propia crítica interior que demanda la realización práctica —ahora o nunca— de las nociones teóricas largamente incubadas, motivando, a la larga, la lacerante disyuntiva entre reforma y revolución, aunque ésta se conciba siempre desde el Poder administrativo. Bajo este dilema cabría preguntarse si existe un discurso ensayístico propiamente liberal, capaz de armonizar su evidente motivación ideológica con un factor artístico lo suficientemente importante como para poder hablar de —en términos de coloquial esnobismo— la estética de una ética, más allá de la estricta difusión de ideas. En este sentido se impone la inmediata referencia a los escritos de Valle-Inclán y Unamuno durante la República, los textos políticos de Pérez de Ayala o los ensayos de Ortega y Gasset, exponente éste del más característico liberalismo «de escuela», clásico y matizado, pero también estudiado y convencional. El intelectual más representativo de la literaturización ensayística del pensamiento liberal en la España de los años treinta acaso sea Manuel Azaña y, por eso mismo, la impronta de sus cualidades —y calidades— estilísticas alcanza, por los corredores del tiempo, hasta nuestros días. Su figura intelectual no se comprende sin la valoración, en su obra ideológica y literaria, del componente racionalista que aquilata, objetiva y desarrolla impresiones, juicios, recuerdos o palabras desde la óptica de una impecable argumentación previa, característica de un discurso esencialmente ensayístico. Es sobradamente conocida la tendencia francófila de Azaña, su admiración hacia los pensadores del Siglo de las Luces, su minuciosa lectura de la obra de Jean-Jacques Rousseau o la fascinación que siente por nuestra Ilustración, cuyos autores tan constante presencia mantienen en su ejecutoria social y política al frente de las tareas de gobierno. Sin embargo, esta ascendencia racionalista no proviene tan sólo de una referencia culta, sino que se basa de modo más efectivo y real en la tradición populista del liberalismo histórico que establece, entre sus principios elementales, el esencial «buen sentido común» del pueblo llano. Éste actúa según la ancestral norma de la inmediatez práctica que se rige, a su vez, por la Ley solidariamente aceptada por todos —o por una mayoría— como buena, en un singular ejemplo de democratismo tribal. De hecho, sobre la fuerza de la Razón idiosincráticamente asumida como distintivo de *casta* —en su sentido unamuniano— se asienta el principio de la conducta social determinante del carácter de una comunidad. Azaña, sugestionado por la sabiduría de los sentenciosos alcaldes rústicos de nuestro teatro clásico, o maravillado de las sesudas disquisiciones de la sinrazón quijotesca que, por venir de un loco, dan en la verdad, conformará su pensamiento sobre un esquema lógico, partícipe por igual de la influencia culta de los ilustrados como del ingrediente popular en el que impera la razón —aquí

ya con minúscula— como desencadenante de la consecuencialidad que, desde Descartes, rige el mundo moderno: toda causa produce un efecto, y éste se deriva de aquella, de acuerdo a una «legislación» científica previa.

Azaña partirá de una congénita reticencia del ciudadano español hacia la fuerza del pensamiento como motor de la acción, al señalar declaradamente que «En España, la endeblez moral de las últimas generaciones ha creado un sistema ingenioso de defensa contra la necesidad de pensar con valentía y contra los resultados prácticos de nuestros pensamientos.» (En «El valor de la sanción». *La correspondencia de España*) Estas palabras de 1912, en plena «resaca» del noventa y ocho como hecho histórico, ponen de manifiesto un arraigado rechazo hacia «la funesta manía de pensar» característica de una tradición que Azaña pretende quebrar. En su intención gravita la necesidad de que el individuo adquiera conciencia de su pertenencia a una ciudadanía, traducida ésta en la configuración de un Estado democrático, representativo de la sociedad a la que arbitra y conduce. Nada de esto es posible sin un aprendizaje en la razón, sin una disciplina del discernimiento crítico que argumenta, postula y ejecuta, en un implacable movimiento de la inteligencia. En su «Discurso a los jóvenes republicanos», pronunciado en Madrid el 16 de abril de 1934, Azaña advierte que «el fin verdadero de una educación digna, no ya de la ciudadanía, sino de la hombría, consiste en enseñar a las gentes a conducirse en la vida con arreglo a como ellos piensan y a cómo se piensan, y a pasar llanamente del pensamiento a la conducta, sin traspies ni soslayos que menguan la hombría y el bien moral». Resulta interesante este *se piensan* como expresión reflexiva de una interiorización de las implicaciones históricas de cada cual. Porque son precisamente estas consideraciones individuales las que posibilitan el factor correctivo del devenir de la Historia, las que encauzan el destino de una comunidad: «Un pueblo en marcha —dirá Azaña—, gobernado con buen discurso, se me representa de este modo: una herencia histórica corregida por la razón». (En «La inteligencia y el carácter en la acción política». *España*, 2-II-1924) Pueblo, gobierno y razón aparecen aquí conjuntados en una teoría de claras reminiscencias asamblearias, muy en la línea de Target, Rabat de Saint-Etienne o el abate Sieyes, y que entran ya en el concepto de Nación como entidad cifrada en la supremacía de la conciencia racional. Es esta confianza en el poder del propio pensamiento lógico lo que dotará a Manuel Azaña de una singular intransigencia ideológica. Su fe en la gran reforma social republicana —si acabará en revolución o no es otra cuestión— le hará caer en un arraigado sentido exclusivista, según el cual, y en la España de 1931, el monopolio de la razón para el gobierno del Estado radica en el republicanismo histórico de esencia liberal y contenido burgués-revolucionario. En sus propias palabras, «La República es para todos los españoles; pero tiene que estar pensada, gobernada y dirigida por los republicanos». (En «La República como forma del ser nacional» —alocución pronunciada en la sesión de clausura de la asamblea del partido de Acción Republicana, el 28 de marzo de 1932—). Lo que no impide el reconocimiento de otras opciones políticas, aunque vinculadas

siempre a ese tipo de Estado que se basa, precisamente, en la aceptación en su seno de todos los derechos individuales, contemplados bajo la también inflexible norma democrática que destierra los privilegios, pero impone las legítimas exigencias del bien común administrado por la razón, y que llevarán a Azaña — con nueva apariencia intransigente— a esta desenfadada autodefinición: «Yo soy demócrata violento; es decir, que reconozco el derecho (el ajeno y el mío), y soy inflexible dentro de los límites de mi derecho.» (En «La inteligencia y el carácter...») Es la misma inflexibilidad que le había llevado a consumir su progresivo alejamiento del Partido Reformista de Melquíades Álvarez, por la complaciente connivencia de esta formación política con la Dictadura de Primo de Rivera.

Si tuviéramos que destacar una obra representativa de todas estas condiciones serían sin duda las hasta ahora conocidas como *Memorias políticas y de guerra (1931-1939)* y aquí acertadamente tituladas como *Diarios*, puesto que se trata de la anotación concreta, jornada a jornada, de diversos sucesos e impresiones. Este cuerpo memorialístico constituye, además del puntual relato de unos hechos y situaciones, y del reflejo minucioso y detallado de un singular carácter intelectual, la exposición imperturbable y rigurosa de toda una ideología. A través de sus comentarios, opiniones y composiciones de lugar, Azaña va transmitiendo el sentido y la forma de su pensamiento político y social. Desde sus incipientes ideas sobre la reforma de la gestión pública hasta la patética desesperanza de unas aspiraciones frustradas por la guerra civil, pasando por el método racionalista aplicado a la gobernación del Estado, los cambios en la organización militar, la política religiosa, la configuración del ideal republicano o la reflexión profunda y personalizada sobre el ser de España, va recreando un ideario fundamental que constituye toda su vida y toda su obra. En sus meditaciones sobre lo vivido Azaña, constante propagandista de su ideología, expone con claridad y firmeza su actitud —pensamiento aplicado a la acción— ante la realidad nacional del momento. El viejo sueño del liberalismo burgués e intelectual se ha hecho realidad... se ha hecho Poder. La teorización demócrata-liberal ha cuajado en una decidida acción de gobierno. El pensamiento de Azaña y de la tradición que le precede ha adquirido forma expresa en el contexto de una sociedad que ha tocado fondo. Quizá por ello se espera mucho, acaso todo, del hombre que ha conseguido aglutinar, bajo un concepto real y moderno —aunque quizá algo inmaduro y un tanto inquietante para ciertos estratos sociales— las fórmulas básicas del ideal Estado republicano. Por todo ello, Azaña ofrece, resuelto y con buen sentido, toda aquella experiencia íntima que atañe a su profundo convencimiento del gobierno democrático de una nación; los *Diarios* recogen todo ese caudal arraigadamente ideológico de su personalidad intelectual. El sentimiento de soledad que Azaña asume desde el Poder es doble: por un lado, desea una soledad literaria, intelectual, familiar e íntima, *ideal* en definitiva; y, por otro, su soledad ante la acción de gobierno es —o así lo percibe— real, ante la imposibilidad —según manifiesta— de contar con colaboradores de su entera —y exigente— satisfacción. Ambas soledades se complementan. Acaso más que un cargo público, a Azaña lo

aleja de los demás un pensamiento y una actitud; su ideología, de un razonamiento lógico implacable, y su tono, de un acentuado desdén crítico, le instalan en un olimpo intelectual que, con el tiempo, irá convirtiéndose en el más importante punto de referencia de su deseada soledad. Vendrá la guerra, y esa soledad se transformará en aislamiento, quizá prisión interior. Su procedencia intelectual tiene mucho que ver con todo esto, al igual que su egocéntrica sensibilidad; la política le distancia de sus más queridas aspiraciones: escribir y leer; y pensar sobre sí mismo y sobre la correcta organización del Estado. Esta soledad deseada es la fórmula de evasión de las obligaciones gubernamentales y el esporádico retorno al añorado ocio divagatorio y creativo de sus anteriores años, en los que forma —desde una conciencia netamente *dilettante*— una aguda sensibilidad intelectual y literaria. Esa época, de ciudadano perdido entre la multitud, es evocada y deseada con cierta frecuencia a lo largo de los *Diarios*. Azaña ha tenido que renunciar a una intimidad personal que es principio fundamental de su concepción estética. Siente nostalgia de un fecundo anonimato interior y este sentimiento resulta más intenso al principio de su gestión pública; el cambio es, evidentemente, muy fuerte, quizá demasiado, porque Azaña pasa del relativo incógnito social a ser, no ya uno de los más prestigiosos políticos del nuevo régimen, sino la encarnación misma de la República. Desde este punto de vista, asume su papel como incuestionable dentro de la lógica sucesión de los hechos históricos y también, por qué no, como una justa satisfacción a la lucidez e integridad de su pensamiento político. Su enfoque está sujeto a un proceso intimista de extracción literaria, pero ello no lo hace menos objetivo; muy al contrario, refuerza el equilibrio de su opinión a partir de esa modalidad de anotación diaria que estos *Diarios* ofrecen; una mirada que se proyecta sobre su misma prismática personalidad, a través de un lenguaje intimista, calculado, racionalista, lógico, emotivo y, ya en la etapa de guerra, patético y sobrecogedor.

La obra toda de Azaña revela un idéntico afán por desentrañar el enigma histórico de su tiempo; por resolver, en la entraña misma de su ideología republicana, las contradicciones entre reforma y revolución; por averiguar, en fin, la «causa primera» que desencadena los efectos de la acción política y que resulta turbadora cuando ésta se encamina, siguiendo los dictados referenciales del despotismo ilustrado, al bien común y la felicidad personal. En esta excelente edición de sus *Obras completas* encontrará el lector el tono desenfadado, irónico, contundente de su expresión, imponiéndose con la fuerza de una sagaz impertinencia, empeñado en la tiranía del pensamiento racional, capaz de desterrar —pensaba Azaña— de una vez por todas el ancestral sambenito del problema de España. El bofetón que le propinó la Historia no excluye la —en acertadas palabras de Santos Juliá— «lucidez de un fracaso» tristemente lógico; quizá, por el contrario, refuerza la vigencia de unos textos y de un pensamiento ahora modélicamente editados.

Jesús Ferrer Solá
Universidad de Barcelona